

ciones: el lazo que los unia, era por parte de él la conveniencia de tener esclavos sometidos ciegamente à su voluntad, y por parte de ellos la vanidad de una posición que si les costaba el sacrificio del amor propio delante del dictador, tambien les proporcionaba ocasion de desquitarse descargando sobre los demas el peso de su soberbia. Ellos decian sin embargo, que permanecian allí por evitar mayores males. Además de esto, entre los ministros nunca hubo conformidad de ideas; y fué pública por el contrario la profunda enemistad que existió siempre entre el de la guerra y el de relaciones; enemistad que mas de una vez habia estallado de una manera estrepitosa, à no haberlo impedido el general Santa Anna con la superioridad absoluta que sobre ellos ejercia.

¿Cómo, pues, aquellos hombres, así divididos, pudieron concurrir de una manera tan perseverante y tan igual à que se realizara el pensamiento culminante de la dictadura? Solo se puede explicar esto, aplicando à nuestros hombres lo que decia el orador Lysias de los treinta tiranos de Atenas: "estaban divididos no por los intereses de la patria, sino por los de la tiranía, y se disputaban el derecho de oprimir à la República." (19)

No escribimos la historia de la dictadura de Santa Anna, y por lo mismo nos abstenemos de consignar aquí el pormenor de los hechos que se han recordado. Era sin embargo indispensable, ya que tenemos que manifestar las causas de la revolucion, echar una ojeada sobre aquel periodo, puesto que los errores y los desmanes que en él se cometieron, dieron lugar à los acontecimientos que vamos à referir.

(19) LYSIAS, Alegato contra Erastóhenes, uno de los Treinta Tiranos.

CAPITULO SEGUNDO.

PRINCIPIO DE LA REVOLUCION.

Disgusto general.—Primeras tentativas contra la dictadura.—Terribles escarmientos.—General aquiescencia.—Terror.—Consecuencias de la exageracion del orden.—Miseria de las localidades.—Lisongeros y aduladores.—Departamento de Guerrero.—Temores y recelos del gobierno.—Las autoridades del Sur.—Envío de tropas à Guerrero.—Pretexto de la medida.—Disgusto en el Sur.—Primeros proyectos de revolucion.—Los precipita la entrada de las tropas.—Alvarez Moreno, Villareal.—Orden de prision contra este.—Conferencias entre los caudillos.—Sábalo el gobierno, y aparenta confianza.—Primeras órdenes para observar y perseguir à los de Guerrero.—Orden de bloquear à Acapulco.—Instrucciones dadas al general Perez Palacios contra Alvarez.—Precauciones de las autoridades del Sur.—Sale Moreno de Chilpancingo, y renuncia.—Reunion de tropas del Sur en el Peñero.—Resuélvense à pronunciarse.

MAI podia sufrir el yugo de tan desahogada tiranía una nacion de carácter altivo y pundonoroso, que si no estaba bastante bien educada en las costumbres de la libertad política, tenia estímulos de sobra en sus hábitos de libertad civil, para rechazar indignada tanta opresion y tanto vilipendio. Así fué que desde muy temprano y aun antes que el poder dictatorial desplegara aquel lujo de represion que se notó despues, hicieronse en Puebla, Guanajuato, Yucatan y Veracruz, tentativas mas ó menos formales para sacudir un yugo que desde entonces se presumia ya insostenible; pero el gobierno las sofocó tan rápidamente, é hizo tan terrible escarmiento en sus autores, que al parecer no quedaron bríos en los amigos de la libertad para levantar de nuevo la cabeza. [1]

Desde entonces pudo la dictadura consagrarse sin obstáculos à echar los cimientos de su poder, de una manera indestructible; y tal vez lo habria conseguido, si la Provi-

(1) Los que promovieron las conspiraciones de Veracruz y Yucatan, fueron fusilados. Fué muy sentido el joven D. Sebastian Molas, jefe del movimiento de Yucatan, cuya sangre fué la primera que se derramó en las conspiraciones contra la dictadura de Santa Anna.

dencia pudiera consentir que se consolidara la injusticia para ser el azote de un pueblo inocente. La centralización política y administrativa llevada hasta sus últimos extremos, es decir, un sistema constante de agresión contra la libertad individual y los derechos de las localidades, fué el principal medio que el gobierno empleó para acrecentar y asegurar su poder omnimodo. El elemento militar, como que le debía en cierto modo su existencia, y realmente le era deudor de su desarrollo y de su brillo, era el más poderoso auxiliar de sus planes, y no había peligro de que le fuera infiel, por mucho que se ensañara la opresión en las otras clases de la sociedad.

En fin, todo callaba y retrocedía ante la voz y ante los pasos de la dictadura: ella daba sus leyes, y sus leyes eran acatadas en medio de un general silencio: ella avanzaba osadamente contra toda libertad, y no había ya hombres libres que le atajaran el paso. Y como si todo se hubiera conjurado á favor de ella, y en contra de la nación, sus mismas providencias atroces, y hasta sus disposiciones ridículas, eran apoyo de su dominación y servían eficazmente á sus proyectos, confundiendo tal vez el terror que escitaban sus venganzas, con la veneración y el respeto de una autoridad severa, y creando en torno suyo una aureola de esplendor y un valladar de poderosos intereses con aquellas medidas que tanto lisonjaban el amor propio ó el interés de ciertos individuos y de ciertas clases.

Los que no vieron aquella situación, no pueden formarse una exacta idea de lo que pasaba, y mucho menos si escuchan hoy las maldiciones que dirigen á la dictadura todos los ciudadanos, todas las clases y todos los partidos. Aunque sea triste consignarlo, es preciso decir que el general Santa-Anna no solo tuvo el apoyo de santanistas y conservadores, sino también el de muchos liberales que no se desdijeron de servir con celo á aquella administración, ni de dar su voto á favor del poder unitario, ni de llevar la cruz de Guadalupe. Si despues que cayó la tiranía, han querido todos pasar por Brutos y por Catones en punto á dignidad republicana, no por eso deja de ser verdad que andaban muchos entonces menos erguidos que ahora, tomando parte en el coro general que entonaba las alabanzas del ídolo. La historia no se maravilla de esto, despues de haber visto las flaquezas de la raza humana en todos los períodos de su afanosa existencia; y si aquí se consignan hechos semejantes, es porque ellos revelan por un lado el espíritu de la época, esplican por otro la larga duración de la dictadura, y hacen resaltar el mérito de los que osaron

atacarla hasta vencerla. Si no hubiera sido una especie de moda desdeñar la libertad y adular al despotismo, y si no hubieran entrado en ella infinitos ciudadanos de los que hoy lo negarian, el gobierno de Santa-Anna no habría subsistido veinte y siete meses, escandalizando á la República con sus desafueros; la revolución no habría sido una empresa heroica por las dificultades que tuvo que vencer, y no habría razón para escribir con letras de oro en los anales de México el nombre de sus caudillos. La nación aceptó la dictadura, guardó silencio ante sus desmanes, humilló la cerviz ante sus agresiones; y cuando los valientes, que no habían incensado á Baal, arrojaron el guante en el Sur, no solo tuvieron que luchar contra una masa enorme de fuerza física, sino contra la opinión que había reconocido, aceptado y aun aplaudido los desafueros porque estaban disfrazados con hermosos nombres, y vestidos con deslumbradoras galas.

Sin embargo, el empleo mismo de aquel sistema agresor, cuya aplicación parecía ser la base más sólida de la omnipotencia del general Santa-Anna, fué el principio de su ruina. Se había exagerado el principio del orden: era preciso que saltara el principio de libertad, como un resorte comprimido por mano impotente.

Corrían los primeros meses de 1854. Todos los departamentos de la República se habían sometido, de grado ó por fuerza, al terrible poder central que se levantaba en México; el dictador tenía ya en todos ellos con el nombre de gobernadores y comandantes generales, una especie de proconsules que eran otras tantas columnas de la dictadura militar; la fuerza de las localidades había desaparecido, y en ninguna parte se hacía ya sentir otra fuerza que la del centro, de donde partía todo, y á donde todo iba á parar, como si en la faz de la nación todo hubiese de recibir su sér de la dictadura, y como si para ella sola debiese vivir todo lo que tenía existencia.

Entretanto, aumentábase espantosamente el número de los ciudadanos, que por amigos de la libertad, ó por celosos de decero de su país, gemían en los calabozos, ó andaban mendigando el pan del destierro en tierras extrañas; y un silencio de muerte reinaba por todas partes, sin que se escuchara más ruido que el de insultantes fiestas, y la voz de los aduladores que postrados á los piés de la dictadura, la entonaban alabanzas, ó hacían la crónica de sus regocijos. No había una voz independiente que se alzara contra la opresión: solo protestaban contra ella en el rincón del hogar doméstico, las lágrimas de la esposa que lloraba al esposo perseguido, y el llanto de los hijos que reclamaban al padre.

desterrado. Parecía completo el triunfo de la tiranía, y resuelta para siempre la servidumbre de los mexicanos.

Del gobierno de Santa-Anna podía decirse lo que un orador griego decía de los arconte^s puestos por Lisandro para oprimir á los atenienses: que "no se podía asistir sin peligro á los funerales de sus víctimas;" y aunque por dicha de la civilización cristiana no hubiera bajo la dictadura ningún hecho que pudiera autorizar la exacta aplicación de aquella frase, sobraron otros que probaban cuán peligroso era honrar la memoria de los muertos que no habían estado en su gracia. Cuando murió el general D. José Joaquín de Herrera, todos los periódicos, sin distinción alguna, le rindieron el tributo de respeto que merecía por sus virtudes; y esto disgustó tanto al gobierno, que hizo publicar en su *Diario Oficial* varios artículos contra el general difunto, no sin dar á entender á los escritores públicos la indignación con que había visto el presidente los elogios que se le habían tributado. ¡Y se trataba de un veterano de la Independencia, de un general que había sido presidente de la República, de un ciudadano que había ocupado dignamente los primeros puestos del Estado, de un hombre de bien que no había sacado de su larga carrera sino un nombre sin mancha, y la mortaja con que acababan de enterrarle!

La dictadura no solo hizo pasar su cetro de hierro sobre los actos de la vida civil, sino que penetró con los caprichos de su autoridad hasta en lo más recóndito del hogar doméstico, para imponer sus mandatos á las acciones de la vida privada. Después que llegó á su apogeo el desarrollo de aquel poder sin límites ni barreras, fué ya imposible á los ciudadanos entregarse á las expansiones de su corazón entre las cuatro paredes de su casa, para obsequiar á un amigo, para tributar honores al talento, al génio ó á la gloria. Si aquellos actos irritaban la envidia, la vanidad ó cualquiera otra de las pasiones del gobierno, una orden suya, terminante y severa, llegaba hasta el seno de las familias para prohibirlos. La República parecía ya una cárcel ó un cuartel, donde nadie se movía sin permiso del alcaide ó del general en jefe. (2)

(2) Cuando llegó á México el celebre poeta español D. José Zorrilla, los habitantes de esta capital le recibieron con un entusiasmo que rayó en delirio. Personas de todas clases y condiciones, de todos los colores y de todos los partidos, se empujaron á porfía en obsequiarle: banquetes, tertulias, días de campo, se dispusieron para tributar al poeta el homenaje de la admiración que desde muchos años antes había escuchado su her-

Los mexicanos pedían al cielo desde el fondo de su corazón, un hombre que los libertara de aquella servidumbre; y si aparentemente revelaba contento y satisfacción el deslumbrador aparato que rodeaba á los hombres del poder, había en realidad millares de familias desoladas, que desde el abismo de sus padecimientos ansiaban, como Dido, que brotase de su seno un vengador contra los autores de su desdicha. (3)

Había un departamento, que ya fuese por sus circunstancias topográficas, ya por las autoridades que mandaban en él, ya por sus antecedentes históricos, inspiraba grandes recelos al gobierno en medio de su poder sin límites y de la sumisión general. Este departamento era el de Guerrero. Cuna de la libertad mexicana, y tierra natal de ilustres patriotas que siempre la habían defendido, aquel departamento podía no someterse á los caprichos del poder arbitrario que tan rápidamente se desarrollaba: los antecedentes de sus hombres públicos, las asperezas de sus montañas, la fecun-

moso génio entre todos los amantes de la gloria literaria: los poetas mexicanos pulsaron la lira para saludar al bate español, y todos los amigos de lo sublime y de lo bello querían, en fin, testificar que no les era indiferente el cantor de la Virgen y de GRANADA. Después de las demostraciones que podían considerarse como públicas, algunos individuos querían tener el gusto de obsequiar á Zorrilla en sus casas, y estaban preparándose para ello, cuando una orden superior vino á impedirlo. El gobierno había llevado á mal aquellas demostraciones, sin duda porque consideraba robados á sí mismo los aplausos que se tributaban al poeta. Entre sus admiradores había muchos altos empleados, y uno de ellos fué llamado á la presencia del presidente para sufrir una áspera reprensión por haber tomado parte en los obsequios hechos á Zorrilla. Profundamente irritado, habló el dictador de la vergüenza que era para los mexicanos manifestar tanta admiración por un hombre como aquel: dijo que si para los demás era una vergüenza, en los empleados del gobierno era una falta gravísima tomar parte en aquellos aplausos, como si tanto mereciera un poeta. "¡Basta ya, añadió, basta ya de entusiasmo necio! Y vaya vd. á decir á todos los que piensan continuar en esas demostraciones, que basta ya!" El empleado tuvo que ir á las casas donde sabía que se preparaban obsequios á Zorrilla, á comunicar la orden de que no se le hicieran; y la prohibición fué puntualmente respetada. Después el poeta fué arrastrado ante el gefe de la policía, á dar una declaración sobre unos versos que se le atribuyeron entonces, en los cuales no se hablaba bien del general Santa-Anna, y que no eran obra suya.

(3) Exoriate aliquis nostris ex ossibus ultor.

VIRG. *Eneid.* Lib. 17.

didad de su suelo, parecían brindar con seductoras voces á los enemigos de la dictadura, para que fuesen á levantar allí un estandarte por la libertad.

El gobierno lo temía, y no había una consideración que pudiera disipar sus temores. Es verdad que las autoridades del departamento habían sido nombradas por el gobierno; que éste las acariciaba con las más lisonjeras frases, y que las autoridades correspondían urbanamente á las muestras de afecto que el gobierno les daba: pero nadie ignoraba tampoco que aquellos nombramientos se habían hecho á más no poder, y que no eran sinceras aquellas recíprocas manifestaciones, puesto que Santa-Anna y sus ministros aborrecían de muerte á las autoridades del Sur, y que éstas no estaban contentas con la política dictatorial. El peligro era grave: Podían aprovecharse de esta situación los descontentos, que no eran pocos aunque no se contaran más que los perseguidos: podían rebelarse las mismas autoridades, que no se mantenían en la obediencia sino á fuerza de obsequios que no podían agradecer porque eran forzados, y de finezas que no se podían estimar porque eran fingidas.

Relaciones tan mal seguras, y sostenidas por tales medios, entre el gobierno de un país y sus autoridades subalternas, debían romperse al menor soplo, y eran una amenaza continua para el orden público de entonces, ó por mejor decir para el poder ya tranquilo, y al parecer asegurado, de la dictadura. Resolvió, pues, el dictador enviar al departamento de Guerrero un cuerpo de tropas, con cuyo auxilio pudiese abandonar sus forzadas contemplaciones, é imponer la ley á las temidas autoridades del Sur.

Para llevar á cabo esta medida se necesitaba un pretexto, y el gobierno le encontró en los rumores que entonces se esparcieron, sobre que una expedición de piratas, organizada en California, y á las órdenes del conde de Raousset (4) se aproximaba á las costas de la República con el objeto de atacar el puerto de Acapulco, y de invadir el territorio nacional, desembarcando por allí ó por cualquiera otro punto de la costa.

Dijose entonces, y no sin razón, como se verá después, que este rumor había sido inventado por el gobierno de Santa-Anna para encubrir sus verdaderas miras: lo cierto es que nunca se confirmó la especie, ni asomó por ninguna parte la menor señal de la expedición á que se refería; y es lo cierto también que no fué otro el pretexto que hubo para

(4) Mas adelante se dirá quién era este personaje, y el fin que tuvo.

el envío de tropas, que dió lugar á que estallase la revolución en el departamento de Guerrero.

Ya desde antes, los caudillos que después la promovieron y la fomentaron con tanta gloria, habían pensado en ella como en un recurso indispensable para libertar al país de la opresión en que gemía; pero careciendo de recursos para dar un paso tan aventurado, y no teniendo establecida ninguna de las relaciones que debían considerar indispensables, ni siquiera formado el plan bajo cuyo nombre hubieran de hacerse las primeras resistencias, habían diferido para más adelante, el golpe que les obligó á precipitar la entrada de las tropas del dictador en el departamento.

Es evidente que el gobierno no ignoraba los proyectos que fermentaban en el Sur contra su dominación, y que desconfiaba profundamente del general D. Juan Alvarez, gobernador y comandante general de Guerrero, del general D. Tomás Moreno, segundo cabo de aquella comandancia, del coronel D. Florencio Villarreal, jefe político y comandante principal de Costa-Chica, y de otras muchas personas que tenían influjo y prestigio en aquel departamento.

El 31 de Octubre del año anterior (1853) había destituido al coronel Villarreal, dándole orden para que se presentara en la capital inmediatamente; y como una enfermedad grave que entonces padeció aquel jefe, le sirvió de buen pretexto para no cumplir esta orden, el gobierno se la repitió muchas veces, mandándole con fecha 11 de Febrero de 1854, que se pusiera en camino para la capital, "aunque sea en camilla." El 13 del mismo mes, dióse orden al comandante general del departamento para que le arrestara y le remitiera; y por último, el 15 mandó el gobierno al comandante general de Oajaca, que comisionara al teniente coronel Don Francisco Armengol, residente en Jamiltepec, para que cogiera "vivo ó muerto" á Villarreal en Ometepec, ó donde se hallara.

Sabia el gobierno que Don Faustino Villalva estaba en Cacahuamilpa con 150 hombres amenazando pronunciarse, según comunicación del comandante principal de Cuernavaca, fecha 13 de Enero; que el 3 del mismo mes había estado Villarreal con el general Alvarez en la hacienda de la Providencia para tratar de la revolución, según resultaba de una información levantada en Puebla el día 28; que los dos caudillos habían tenido otra entrevista el 20 en la estancia de San Márco; y que se trataba de oponer resistencia á sus tropas, puesto que el comandante de batallón Don Francisco Suarez había dado aviso el 2 de Febrero, de que el

gobernador y comandante general de Guerrero le había mandado situarse con su batallón en Mescala para aquel fin.

Aunque sabía todo esto el gobierno, continuaba aparentando confianza en las autoridades del Sur. Desempeñaba entonces interinamente los destinos de gobernador y comandante general, el general Don Tomás Moreno, habiéndose retirado poco tiempo antes de sus posesiones el general Don Juan Alvarez por falta de salud. Don Tomás Moreno recibió, pues, varias comunicaciones, en las que se le hablaba de los proyectos piráticos de Raousset sobre Acapulco; y con fecha 10 de Febrero se le comunicó que para evitar un golpe de los aventureros, iba el 2.º batallón activo de Puebla á guarnecer la plaza, donde debía quedarse de jefe político y comandante principal el coronel Don Rafael Espinosa. Se prevenía al comandante general de Guerrero, que auxiliase á aquellas tropas en todo lo que hubiesen menester, y se le hacían recomendaciones para que cuidase de la conservación del orden público en Tlujilco y en otros pueblos donde decía el gobierno que había amagos de trastornos.

Al mismo tiempo era desterrado el coronel Don Benito Haro, que se hallaba en la capital, y cuyo regreso había pedido el general Moreno, como necesario en el departamento de Guerrero para organizar y disciplinar un cuerpo de tropas. Casi al mismo tiempo (15 de Febrero) se daba orden al comandante general de Oajaca para que organizara una sección de 400 infantes y 100 caballos, que á las órdenes del general Don Luis Noriega, 2.º cabo de aquella comandancia se situara en Jamiltepec, "para obrar contra los sublevados de Guerrero." Pocos días después (el 22) recibía orden el general Don Angel Perez Palacios para marchar al mismo departamento á tomar el mando de las fuerzas que se habían enviado allá, y que eran el 2.º activo de Puebla y el 11.º de línea. "Puede suceder," le decía oficialmente el ministro de la guerra Don Santiago Blanco, "que por las circunstancias en que se halla el departamento de Guerrero, sea necesario que V. S. se encargue de su gobierno político y militar, y para este evento le acompaño una orden en que se nombra á V. S. para uno y otro destino."

Dió el gobierno á Perez Palacios largas instrucciones que debían servirle de norma en su conducta contra los proyectos del general Alvarez, á quien debía vigilar muy cuidadosamente; "y aun se indica á V. S.," le decía el ministro en el oficio citado, "que lo mande arrestar, y remitir á esta capital." La tal indicación era la siguiente, contenida

en la 5.ª de las instrucciones: "Declarada la sublevación, y satisfecho de que el general Don Juan Alvarez sea la causa de ella, procurará asegurarlo, mandándole en seguida á esta capital; pero esta operación procurará que se haga hábilmente, para que no se escape un hombre que puede hacer mucho mal." En la instrucción 3.ª se le mandaba hacer lo mismo con el General Moreno, "si obra de una manera insidiosa." Además de esto en carta particular de 24 de Febrero, decía el mismo Blanco á Perez Palacios estas palabras: "Obré V. con mucha malicia... de ninguna manera esterne el verdadero objeto de su misión... divulgue que lleva las mejores intenciones."

Por último, con fecha 24 de Febrero, el gobierno previno al comandante de marina del Sur, Don Pedro Diaz Miron, que tuviera listo un buque para bloquear á Acapulco, "pudiendo ser necesario (decía la comunicación oficial) en el caso de que se llegue á alterar el orden en algun punto del departamento de Guerrero;" y en 27 del mismo mes ya se le dió terminantemente la orden para establecer el bloqueo con dos buques que fueron la *Carolina* y el *Guerrero*.

De este modo, el gobierno desde mucho antes que estallara la revolución del Sur, y al mismo tiempo que aparentaba la mas perfecta armonía con aquellas autoridades, había dictado todas las medidas necesarias, no solo para reprimir un movimiento, sino tambien para asegurar á sus autores. En las relaciones de los individuos unos con otros, no es permitido obrar de esta manera: no queremos averiguar hasta qué punto varían las reglas de la franqueza y del bien parecer, tratándose de las relaciones de un gobierno con sus súbditos, sin negar por eso que el gobierno de Santa-Anna estaba en su derecho tomando las convenientes precauciones.

Las autoridades del Sur no se dejaron cojer en los lazos que el gobierno les tendía. El pundonoroso general Don Tomás Moreno salió de Chilpancingo con dirección á la costa en la madrugada del 24 de Febrero, en cuyo día entró allí el 2.º activo de Puebla. Su coronel Don Francisco Cosío, participando este hecho al ministro de la guerra en carta particular de la misma fecha, decía que el general Moreno se había marchado, "porque le dijeron que yo tenía orden del supremo gobierno para prenderle." Tres días después Moreno sobre la marcha en Jalianguis, renuncia su empleo de 2.º cabo de la comandancia general de Guerrero fundando esta resolución en motivos de delicadeza.

Entretanto marchaban, á su destino las tropas del dictador; pero al llegar el coronel Espinosa el 26 de Febrero

á la hacienda de Buenavista, recibe noticias de que ea la cuesta del Peregrino le estaban esperando fuerzas enemigas para atajarle el paso; y suspende su marcha.

Eran exactos los informes que tenia el coronel Espinosa. Los habitantes del Sur habian descubierto las verdaderas miras del gobierno. El general Alvarez se las habia manifestado en una proclama dirigida el 24 de Febrero á sus soldados reunidos en la Providencia, y les habia hecho ver la futilidad de los pretextos de aquella invasion, cuyo verdadero objeto era uncirlos al yugo de la tiranía, asegurando á las personas que tan serios temores habian inspirado al gobierno dictatorial.

Entónces fué cuando los hombres del Sur vieron llegada la hora de dar el grito que hacia tiempo meditaban, y cuando se comprometieron, sin mas recursos que su despecho y su brío, en una de las empresas mas arriesgadas que se registran en la historia de las revoluciones de México.

CAPITULO TERCERO.

PLAN DE AYUTLA.

Don Ignacio Comonfort.—Sus antecedentes su carácter y opiniones.—Motivos de resentimiento que tenia con el gobierno de Santa-Anna.—Los que tenian Villareal, Alvarez y Moreno.—Entrevista de Comonfort y Alvarez.—Primer pensamiento de un plan.—Marcha Comonfort á la Providencia.—Plan de Ayutla.—Es proclamado por Villareal.—Vuelve Comonfort á Acapulco.—Adóptase allí el plan.—Reformas que en él se hicieron.—Invitaciones á los generales Alvarez y Moreno.—Aceptan.—Marchan al Peregrino.—Proclama á sus tropas.—Efectos que produjo el plan.—Lo que hizo el gobierno.—Calumnias contra la revolucion y sus caudillos.—Proclama de Alvarez sobre la supuesta connivencia con Raousset.—Marchan fuerzas del gobierno contra el Sur.—Fuerzas y recursos del gobierno.—Fuerzas y recursos de la revolucion.

CUANDO entraron en el Sur las tropas del gobierno, hallábase en Acapulco el coronel D. Ignacio Comonfort, que habia sido administrador de aquella aduana, y acababa de ser destituido. Hombre de puros antecedentes y de reputacion inmaculada, era tambien distinguido por su esmerada educacion, por sus nobles sentimientos y por su amor á la libertad. Aunque separado hacia tiempo de las contiendas políticas, habia visto con profundo dolor la opresion de su patria; y, ora manifestase abiertamente su odio á la tiranía con la franqueza de las almas nobles, ora se recelase de él por sus antecedentes, el gobierno dictatorial, que no perdía ocasion de ajar á sus enemigos, resolvió destituirle, dejando correr la voz de que la causa de aquella medida era el delito de mala versacion. Herido en lo mas delicado de sus sentimientos, Comonfort aunque contento de no servir á una administracion tiránica, rechazó con nobleza el agravio, y pidió que se le formara el correspondiente proceso para poner en claro su conducta. Los acontecimientos de la revolucion, que se precipitaron, impidieron que llegara oportunamente á Acapulco la respuesta del gobierno á esta demanda; pero aque-